

Me reí tomando á broma que yo pensara formalmente en fortuna tan inaudita, y Sánchez elogió esa moderación mía, pues otra cosa habría indicado en mí falta de síndrome, de que el joven médico no quería pensar que careciera.



## CAPÍTULO XI

Se presenta la persona de Nicolás Cuevas,  
personaje muy principal en esta verdadera historia,  
y emprendo viaje á Cartagena

**N**o sé cómo se extendió la noticia de que yo tenía hueso que roer, pues al husmo de esa nueva ocurrieron en bandadas gentes que yo había visto contadas veces en mi vida, ó á quienes no había visto nunca.

Uno alegaba parentesco, otro antigua amistad con mi familia, el de más allá conexiones comunes, y el otro admiración inspirada por mis méritos peregrinos. Entre esos amigos improvisados, ninguno más asiduo que Nicolás Cuevas, que ejerció, queriéndolo ó no, grande influencia en mis cosas, como se verá por la obra.

Una mañana vagábamos por el embarcadero del



Puente de Roldán, los tres inseparables, Sánchez, Covarrubias y yo, cuando topamos con un muchacho trigueño deslavado, de ojos verdes, nariz chata, sombrero en el occipucio y traje hecho garras por el uso continuo. Cuando menos lo pensamos, el perdis aquel echó los brazos al poeta, diciéndole entre jipíos:

— Juanito de mi alma, te conozco aunque tú no me conozcas; soy Nicolás, Nicolás Cuevas, tu paisano, tu amigo, tu hermano, tu...

Covarrubias se quedó parado, y al fin, juzgando al Periquillo aquel un tramposo de los que se valían de sorpresas para robar ó *pegar chascos*, lo rechazó con buenos modos. No se desconcertó mi hombre, sino que se dirigió á Manuel, luego de excusarse con el jalapeño, y nuevamente con las lágrimas en los ojos, le dijo:

— Dispensa, Juan de mi alma, que no te hubiera conocido; pero estás cambiadísimo con esa pera, esos bigotes negros y esa melena. Debí distinguírte entre mil, pues eres el vivo retrato de mi padrino don Andrés, que santa gloria haya.

Antes que yo respondiera, el médico en ciernes dijo al desconocido:

— Pues, amigo, sigue usted equivocándose, porque precisamente el único que no es Juan en la reunión, es su servidor.

— Ah, eres tú, dijo abrazándome tan fuerte, que á

punto estuvo de romperme una costilla; bien te debí conocer, pues poco has mudado de rostro: esos bucles rubios, ese color blanco, esa cara de angelito, son la combinación de los rostros de mi madrina doña Micaelita y de mi padrino don Andrés, que Dios tenga en los cielos... Ah, ¿conque no ha muerto mi padrino? ¡Cuánto me alegro!... créemelo que me alegro de veras... Yo te saludé con esa tontería, porque me la contó, me la contó... ¿quién me la contó? Ah... sí, me la contó Ramón Martínez; no, no fué Ramón. ¿Quién sería? Ah, sí, ya sé: en fin, no recuerdo; no quiero mentirte... ¿Conque tú ya metido en la política, y propuesto para ministro, gobernador ó no sé qué? Pues créeme que no me extraña; ¿cómo me había de extrañar si te conozco, si te he visto desde chiquito, desde que eras así?... Créanmelo, caballeros; en Tlaxochimaco no ha habido muchacho más listo que este *güerito* que están viendo... Dejaba lelos al señor cura y á los padres del convento... Acabó la escuela cuando tenía... ¿Cuántos años tendrías?... Tendría diez años, y ya ven ustedes si es acabar pronto... Porque con el *maistro* Ruiz no había contemplaciones; al que no sabía, *monda* á calzón quitado... Pero ustedes venían entretenidos y ya los interrumpí; dispéñenme que los haya molestado... Adiós, señor de Sánchez... Adiós, señor Covarrubias; ya nos conocemos, es decir, ya le conozco á usted. ¡Qué versos nos echa en el teatro y qué cosas le dice á su novia! Yo afirmo que



ni Prieto, ni Escalante, ni Calderón le dan á usted á los tobillos ni sirven para descalzarlo... Sólo los que no tengan alma sensible podrán dejarse de conmover con aquello de

Si desde entonces de mis crudas penas  
En la deshecha tempestad sombría;  
Has sido tú la estrella que me guía,  
No me abandones, hechicera, no.  
Ámame, que la hoguera de mi pecho  
Prenda en el tuyo indiferente y frío,  
Quien te arrojó, mujer, al lado mío,  
Para que me adoraras te arrojó...

— Pero si no son míos esos versos; si son de Zamacona, un muchacho de Puebla...

— Ah, de Zamacona, usted dispense, estoy volado. De usted es aquello de

¡Espíritu que extiendes sobre el mundo  
De tu furor la túnica sombría!  
¡Tú que en la sangre de tu pueblo impía  
Anegaste los ídolos de Aarón!  
Siempre entre luto te contempla el hombre  
Y envuelto siempre en funerario velo,  
Ya lanzando tormentas desde el cielo,

Ya dictando tu ley en Sinaí.

Oh, Dios de los ejércitos...

— Eso, interrumpí yo, es de Bermúdez de Castro.

— Cabal, tienes razón; de Bermúdez; ¿pero dónde tengo yo la cabeza que digo tamaños despropósitos? Ríanse, ríanse ustedes, porque estoy fatal. Conque de Bermúdez... Debí figurármelo; si no conozco á otro poeta que á Salvador Bermúdez... Pero ya me marchó y no sigo molestándolos... Por allá te voy á ver, Juanillo; por allá te caigo...

Y se despidió. Reímos un buen rato á costa del truchimán y regresamos á nuestras casas; pero en la puerta de la mía ya me aguardaba aquel moscón insoponible.

— ¿Dices que mi padrino está bueno? Pues lo celebro, mucho lo celebro; mientras mejor esté ese justo, ese santo, ese espejo de los hombres rectos, es mejor para todos, porque indica que la bondad tiene siquiera la ventaja de durar mucho... ¿Y qué sabes de la tierra? Yo acabo de ver aquí á Florentino Badía, y dice que no hay allá novedad... Ah, sí, hay algo, el próximo matrimonio de Trini Torres con Buenaventura Ortiz, el hijo de don Pánfilo Ortiz. Era natural; el dinero se va al dinero... Y dicen que la muchacha está *chula* como un peso chinito. Pues Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.



— ¿Qué dices? le pregunté con violencia. ¿Quién se casa?

— Ya lo oyes, ya lo sabes; Trini, la hija de tu padrino, la primorosa criaturita aquella que conoces bien.

Horrizado quedé con aquella nueva, y entonces recordé que ni de ella ni de nadie había vuelto á tener noticia desde mi salida de Guadalajara: las tropas sitia-



doras habían detenido la correspondencia en Zapotlanejo; y aunque había dejado dispuesto me remitieran todo á México, nada había recibido.

Con la muerte en el alma, escribí en seguida una larga carta, pidiendo datos y explicaciones, y resuelto á averiguar aquello que se me figuraba falsedad insigne.

Por la tarde presenté á mi paisano con Suárez, que se quedó encantado al ver un tipo tan zalamero y complaciente.

— Llévele usted con Legarde, me dijo, y recomiéndelo de mi parte.

Y como entonces nuestros bonos corrían con extraordinaria estimación, cádate á Nicolás Cuevas de jefe de diurnos, con cincuenta pesos de sueldo y buscas. ¡Vaya si debía estar contento quien no tenía el día anterior pan que llevar á la boca!

Al llegar á mi casa, donde habían pagado los dos reales que enteraba el que recibía la carta, me encontré una cuya nema rompí impaciente y que decía al pie de la letra:

«TalsochiMaco; hen Eto cuatro de mi lochosientos sinquenti 3.

Ceñor Don guan Perez de lallana mi cerido ermanito guan; llo mialegrare quial tomar esten tus hapersiables manos tiayes con caval salú en copañía deceñor don guan tu Vienechor hacien saludas de miparte la ce nosotros josamos en güena, Alabado siadios. Pues guan el ocjeto, de ponertesta essaludarte idarte; la Mala nueva que nuestro Pader gesuz ade cerer no sia berda: que trinitores bacasarsel mesce biene conbonabentura el Dueno de lestandia acien tuconoses Bien no me justa cer puerto demálas nuevas, pero si luavias de saver por otra voca vale Mas ce telo quente yo. Lles cuanto tedise tuermanace te quiere y berte desia.

*Toriviaperes.»*



Me quedé suspenso, parado, sin saber qué hacer ni á qué santo encomendarme. Pensé mil cosas, todas ellas extravagantes: pensé marcharme al pueblo, escribir á don Crescencio, matar á Buenaventura, matar á Trini, acabar con todo.

Cuando más caviloso me encontraba, sorprendióme un ayudante de Suárez diciéndome que me llamaba el grande hombre. El maestro ocupaba ya un magnífico departamento en el hotel de la Gran Sociedad, y vivía con boato principesco: las botas torcidas, la melena á lo poeta, los anteojos con varillaje de acero, habían desaparecido, y don Juan, que esperaba nada menos que la breva del Ministerio de Guerra, estaba convertido en un positivo *fashionable*. Malas lenguas decían que se le habían quedado en las manos algunos dinerillos, producto de la entrada de mercancías en San Blas, dineros que habíamos recogido en nuestra calidad de tutores de la revolución de Jalisco; pero éstos no eran, como decía el bueno de don Juan, sino *diptongos* que le levantaban.

Ya me aguardaba en unión de un caballero alto, canoso y de buen porte, el coronel don Manuel Escobar, que me miró con curiosidad tan pronto como hube llegado.

— Aquí le tiene usted, coronel y amigo; este es el muchacho de quien le había hablado y que pongo á sus órdenes. Va en calidad de prestado y le ruego le dispense la misma confianza que á mi propia persona.

El coronel me trató con agasajo y me dijo que estuviera listo, pues al día siguiente teníamos que partir para Veracruz.

Con pasividad militar manifesté estar conforme; pero cuando me retiraba para hacer mi hatillo, Suárez me detuvo diciéndome tenía necesidad de mi presencia.

— Usted, me dijo, va con este señor algo más lejos que á Veracruz: va á Cartagena á hablar al señor General Santa Anna y á presentarle una carta mía en que le marco sobre las íes los puntos que necesita conocer. Los mochos recalitrantes, Alamán, Basadre y socios, mandan á este mamarracho en misión confidencial, y de seguro lo han de haber provisto de papeles en que aseguran al General que nada es posible hacer si no cuenta de antemano con toda la *conserva*. Nosotros vamos á probarle que si ha de gobernar á derechas, necesita también de los liberales, entre quienes se halla lo poco que piensa en el país. El plan de usted debe ser no dejar á solas á Escobar con el señor Santa Anna, y si es posible hablarle usted mismo para hacerle presentes los trabajos que tuvimos antes de conseguir que se le aceptara después de la revolución de Guadalajara... Pero no, ni usted se atreverá á tanto, ni tiene autoridad para ello... Ya usted conoce estas cosas y sabe lo que convenga más; que al fin se la darán á usted por otra cosa, pero no por falta de listura.



Aquella noche ya dormí en la casa de diligencias, y á las tres de la madrugada, con un frío digno de la retirada de Rusia, salimos para Puebla. Tuvimos la fortuna de que no nos asaltaran los ladrones en el barrio de San Lázaro, y de que el coche no se volcara en las calles de México, y llegamos al Peñón Viejo cuando comenzaba á amanecer. El camino hasta Ayotla iba por en medio de los lagos; pasamos Venta de Córdoba, penetramos en el monte de Río-frío, y á las doce estábamos en la Venta, célebre por sus depredaciones. San Martín y Cholula pasaron sin novedad, y al caer la tarde entrábamos en Puebla molidos y maltrechos. No tuve tiempo ni de ver las iglesias famosas, ni de familiarizarme con las pinturas de la más linda escuela mexicana, que adornan la hermosísima ciudad: más tarde había de hacer en esa preciosa tierra larga estancia, que me había de dejar memoria imperecedera, y quien siga leyendo estas pobres páginas, quizás conocerá por menudo tales cosas.

Al día siguiente, de mañana, salimos de la ciudad de Benavente y Palafox, y dejando atrás á Amozoc y Nopaluca, llegamos á las seis á Perote. Las cuatro señalaban nuestros relojes cuando salimos del mesón legendario, y las seis serían cuando bajábamos la cuesta de San Miguel del Soldado.

Mil veces he visto descrito ese paraje encantador; pero ninguna he encontrado que dé idea de aquella

naturaleza exúbera, de aquel murmurar de las fuentes, de aquel rugir de las cataratas, de aquel piar de los pájaros, de aquellas montañas que parecen tocar el cielo, de aquel cielo que parece destinado á harmonizar sus tonos con los de las ingentes serranías.

Pasamos Jalapa y la dejamos atrás con sus líquidambares, con sus huertas, con sus árboles, con sus flores y con sus mujeres; atravesamos el Puente Nacional á toda prisa, asombrándonos de aquella obra de la arquitectura colonial; y á las doce de la noche entramos en la heroica Veracruz. Al otro día tomábamos en el *Trenton* pasaje para Nueva Granada, sin querer exhibirnos, á fin de que no se averiguara la causa de nuestra partida.

